

Marx, Lenin y Althusser. Posición Política y Práctica Teórica

LIBRETTI, Ignacio (2017). Barcelona: Editorial TEGE.

Jaime Ortega Reyna (México)

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco



Con el *dictum* de que *es imposible obtener victorias con armas ajenas*, es posible definir el proyecto que se colocó a costas Ignacio Libretti en su *Marx, Lenin y Althusser*. El subtítulo: *Posición política y práctica teórica* alude a la necesidad imperioso –en nuestros tiempos, pero en cualquier otro también– de forjar las herramientas conceptuales necesarias para el combate político. Este siempre tiene un flanco teórico, si bien cada dimensión requiere un anudamiento distinto, es indudable que el marxismo inauguró una forma novedosa de concebir la construcción de la posición política a partir de la práctica teórica. Inauguración, por cierto, sólo posible a partir de la emergencia del movimiento obrero que desafió las formas del mando

político existente.

Y es todo esto, justamente, lo que Libretti explota a través de las más de 300 páginas de su libro: un intento de forjar, desde una perspectiva política clara y delimitada, las herramientas necesarias en el campo de lo teórico. Ello implica des-hacerse de viejos prejuicios o dogmas, así como operar sobre la base del reconocimiento de que no todo en los múltiples trazados de la producción marxista debe ser desechado después de los sucesos de finales del siglo XX. Operación compleja, pues el autor se abalanza sobre un conjunto de autores cuya reputación no se encuentra favorecida en los ámbitos académicos y en los círculos intelectuales o políticos dominantes. Sucede entonces que Marta Harnecker, José Stalin o el propio Vladimir Lenin son referencia frecuente, no como argumento de autoridad sin más, sino como principio productivo a partir del cual sentar la posición política y la delimitación teórica.

Así, el texto nos presenta las principales “líneas de demarcación”, es decir, las distintas tomas de posición en el campo de la teoría por las cuales el autor opta, siguiendo el esfuerzo y lo avanzado por el filósofo francés más influyente de la segunda mitad del siglo pasado. Ello implica por supuesto una operación que ocurre en varios niveles y que requiere distintos matices. La exposición cumple con el deslinde, según el caso necesario: se nos aproxima a la lectura que realizó Althusser de las obras de Karl Marx y de Lenin. No se trata de una lectura dogmática, que emplace la fidelidad o la literalidad, tampoco que aspire a la ilusión de la transparencia que sería presentada por un intérprete privilegiado. El autor nos presenta los nudos problemáticos, los dilemas, las aporías y las consecuencias de ciertas adscripciones en el campo de la teoría: siguiendo así a Althusser, para quien el privilegio epistemológico de la “interpretación” no cae en manos de una figura, sino que es una construcción a partir de un *espacio* ubicado en la coyuntura. Siendo fiel con este último postulado no teme nuestro autor hacer crítica de los puntos ambiguos de los clásicos: sí, ciertos fragmentos de la obra de Marx posibilitan en su literalidad una lectura economicista. Antes bien, en una tarea de crítica y producción, asume que exponer la lectura de Althusser sobre ambos personajes obliga a posicionarse, a zanjar las “demarcaciones” y a optar en el terreno de la apuesta productiva por ciertos nudos sobre otros.

Sólo la parte final del texto nos presenta su lectura específica que hace nuestro autor del propio Althusser. Ello le implica tomar distancia con otro tipo de referentes. Si en el caso de Marx y Lenin los referentes son el historicismo, el humanismo, las versiones soviéticas de ambas corrientes, en el caso del filósofo francés la operación consiste en diferenciar con respecto a lecturas contemporáneas y de posibles puntos de contacto con otras corrientes, particularmente lo que Perry Anderson denominó el “marxismo occidental”. Es el caso paradigmático del psicoanálisis, en donde explota en su mejor versión el cruce con el marxismo, en un intento de superar los resquicios humanistas del “freudomarxismo”. Además nos entrega una crítica certera al filósofo de la totalidad idealista por excelencia: Gyorgy Lukacs. También lo hace con un continuador de esta perspectiva, el siempre aplaudido y escasamente criticado Karel Kosík.

Dado lo limitado del espacio, colocaría aquí algunas de las tesis claves que circulan tanto a la lectura de Althusser como la de los clásicos, en un contexto muy distinto de producción al del filósofo francés. La más importante y el corazón que moviliza la “revolución teórica” que el filósofo encabeza podría resumirse en la tesis del *primado* de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas. Este punto, que Althusser aporta desde una lectura a contra corriente de segmentos significativos de Marx y Engels, es sin duda el punto crucial. Se trata del despeje de cualquier noción anclada en la idea de progreso, en el avance de la técnica o en la suposición de una escasez transhistórica (y con ello de una filosofía de la historia en clave supuestamente “materialista”). Es el punto decisivo para desbaratar el economicismo en cualquiera de sus versiones, refinadas o vulgares. Es a partir de esta ruptura conceptual que Althusser puede irrumpir en el campo teórico marxista, desordenarlo y echar abajo las nociones más consabidas. El reformismo, el economicismo, el dualismo (valor/valor de uso; trabajo/capital; etc.) en cualquiera de sus formatos queda seriamente cuestionado. Bien señalado, este aspecto tiene serias consecuencias, particularmente a nivel “epistemológico”.

En este último nivel que se despeja cualquier noción de garantía. Aquí el terreno sobre el que opera Marx será novedoso. Por más citas o referencias a cierto “hegelianismo”, en realidad lo que se está haciendo es abrir un campo teórico nuevo: en dicho espacio lo más relevante es la toma de posición política y no el despliegue en espiral de las fuerzas impersonales y sin rostro de

la producción. En el terreno del conocimiento no queda garantía alguna: el sujeto cognoscente de la “teoría del conocimiento” queda anulado. El cuestionamiento de las garantías conduce al asedio de las nociones de “sujeto” y “objeto” y al conocimiento como la correspondencia entre “sujeto-objeto” (tan caro para la tradición lukaciana). De un lado el ultra izquierdismo teórico queda cuestionado; del otro también lo queda el reformismo objetivista, que alude a una correspondencia absoluta y perpetua entre relaciones de producción y fuerzas productivas. Como se observa, esta segunda tesis es producto del impacto de la primera enunciada.

Lo dicho apresuradamente hasta aquí permite a Althusser interferir –según destaca el autor- en el campo teórico de una manera inusual, pues revela la potencia del efecto político. A partir de ello desmoviliza cualquier noción de sujeto trascendental o sujeto soberano y se construye sobre sus cenizas una noción de política anclada en las prácticas concretas y específicas. Dicha práctica se encuentra condicionada y sobredeterminada, pero también en posibilidad de determinar y condicionar a la estructura. Althusser funda, sobre la base de una operación teórica conocida como *lectura sintomal* sobre las obras de Marx y Lenin los conceptos más importantes para el marxismo de nuestro tiempo: coyuntura e intervención. Esta tesis, también expresada por el autor, es clara en los tres capítulos del libro, así como en la noción general que anima el conjunto de la escritura. Son estos conceptos los movilizados y catalizadores, verdaderos puntos de comienzo para una refundación teórica sin resabios idealistas.

No sorprende entonces porque Libretti se esfuerza no sólo por presentar a Marx, algo medianamente común en el medio de izquierda, sino también a Lenin, algo mucho más difícil de observar en otros intentos. Desgastado por el peso de un siglo de historia, por las derrotas del movimiento obrero y una tremenda batalla ideológica, el nombre de Lenin se presenta como el que permite dar continuidad y sentido al espacio teórico apenas abierto y comenzado por la obra de Marx. Ese espacio teórico es descolonizado por Althusser de las variantes humanistas (cuya noción de “Hombre” se encuentra más que en cuestión), de las metodologicistas (donde un supuesto método de Hegel sería la base del de Marx, apenas interferido por una pobre metáfora como lo es el de la “inversión”) y deterministas (en donde la máquina automatizada de las fuerzas productivas nos llevará al paraíso terrenal que finiquita la escasez). Las tesis

colocadas son de una fuerza apabullante, aun para el propio marxismo, pues reordena el mapa completo y nos coloca en la necesidad de producir sobre los vacíos ideológicos que supone la derrota del humanismo, el metodologicismo y el determinismo.

Así, ese otro gran soporte del libro en cuestión, que es Lenin, es presentando siguiendo a Althusser. El autor nos ofrece una original presentación de tópicos poco estudiados del revolucionario ruso. Se trata, sin duda, de Lenin como fundador de una práctica novedosa: la práctica política revolucionaria. Y no porque Marx no la tuviera, sino porque la de Lenin se presenta adecuada a una gramática y una aritmética de la política de acuerdo a una coyuntura sobre la que el filósofo alemán no podía colocarse. Además de tópicos clásicos de la lectura de Althusser sobre el ruso como son: con Lenin el marxismo no es una nueva filosofía, sino una práctica nueva de la filosofía; la filosofía es siempre política en última instancia; la filosofía no transforma el mundo, como tampoco la intencionalidad, sino que produce efectos políticos, se presentan el aporte mayor que es la idea del partido.

Para el autor Lenin nos permite pensar la coyuntura y con ella las distintas contradicciones, así como los distintos aspectos que se juegan en ellas. Sin esta conquista teórica simple y sencillamente no habría posición política, pues se estaría a la espera de la hora luminosa de las fuerzas productivas desajustadas de unas arcaicas relaciones de producción. Ello diferencia radicalmente la posición de Lenin de la del marxismo que se decía hegeliano (pese al propio Hegel, por supuesto), en donde no habría coyuntura, ni multiplicidad de contradicciones, sino siempre unidad, en donde la parte jamás desbordaría al todo. Por ello dice Libretti: “es imposible una política hegeliana”, entendiendo por esto que la cruzada del marxismo lukacsiano se encuentra agotada. Amén de ello, Lenin pondría la piedra angular para una revolución en el campo de la práctica: la construcción de la posición política a partir de la idea del partido. No se trata del fetiche-partido, sino de concebir la posición política cristalizada a partir de la coyuntura. El partido interviene en la coyuntura política, tal como el filósofo lo hace en la teórica. Así, la relevancia de la teoría del partido no es la de un manual a priori de la organización, sino la posibilidad de intervenir en la coyuntura (es la parte) en el momento adecuado, es decir, de afinar la gramática y la aritmética política para desbordar a la totalidad. La metáfora del autor es precisa y su sola enunciación llevaría a discutir profundamente:

construir una cadena sin eslabón débil.

Podemos acceder entonces al último capítulo, dedicado con exclusividad a la obra de Althusser. Se tiene que decir que el filósofo francés es el motivo productivo fundamental, mucho de lo que se puede decir sobre él en realidad es la apuesta que se hace para trabajar la obra de Marx y Lenin con la finalidad de erradicar las influencias historicistas y humanistas. Lo que se hace aquí, es presentar algunos de los tópicos más importantes, siendo el problema de la ideología quizá el fundamental. Libretti demuestra que el problema de la ideología no nace con Marx y termina en Althusser (como lo sugieren algunas historias posmodernas), sino que en este último autor apenas comienza una concepción materialista de la ideología (y por tanto, el posmodernismo es el mayor espectáculo ideológico). Ello lo demuestra a partir de un extenso trabajo sobre la noción de “aparatos ideológicos de Estado”, en donde despeja los posibles mal entendidos de los mal informados a propósito de dicho concepto. Es un intento por reivindicar y expandir dicha noción como llave fundamental de la crítica del capitalismo de nuestros días.

Sobre el capítulo dedicado a Althusser diremos menos nosotros en esta reseña, porque de alguna manera todo el libro circula entorno a él. Es interesante anotar que Libretti no profundiza en algunos temas que son hoy moneda corriente entre quienes frecuentan a este autor y con lo cual marca su propia línea de demarcación: el tema de lo aleatorio, de la contingencia, la relación con Spinoza o con Lucrecio, por mencionar algunos. Nuestro autor se arroja en el filósofo “marxista-leninista”, no sin incorporar muchos de los gestos teóricos del *ultimísimo* (para insistir en las periodizaciones). Es decir, la escritura se encuentra marcada una utilización importante de textos como *Ser marxista en filosofía* o *Sobre la reproducción*, de reciente aparición.

Los tópicos del edificio que Libretti quiere construir o bien las armas que busca forjar se ubican en un espectro que es crítico del idealismo, pero también de cierta tradición materialista. Además de ello recupera la impronta althusseriana: el primado de la coyuntura sobre la estructura y de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas. Todo para insistir en la necesidad de la intervención como categoría eje.

No faltará, sin duda, insistir en algo que cualquiera que entendiera las coordenadas reorganizadas por la emergencia de la obra del filósofo francés tendría que asumir en consecuencia plena: Marx, Lenin, Mao (o Althusser), no son el nombre de individuos (que lo fueron) cuya biografía en algunas ocasiones se hace coincidir con una cierta noción de *obra*. Ellos son el nombre de espacios de intervención teórica en coyunturas específicas, independientemente de su “contexto” o “su tiempo”; que nos permiten pensar e intervenir a partir de categorías. Dichas categorías no son unívocas, sino que son siempre equívocas, dependen de la activación de algunos de sus puntos, de la posibilidad de ser leídas entre los intersticios de la práctica política, de la *correlación de “debilidades”* (pues hace tiempo no tenemos muchas fuerzas) en la lucha de clases. Son espacios teóricos que nos permiten intervenir en la conformación de la posición política y producir en la práctica teórica.

Siguiendo al autor, es preciso insistir en cuidarse de los triunfos efímeros, la vuelta de Althusser, de Gramsci y en alguna medida de Marx al terreno de la discusión filosófica, no nos debe hacer obviar las debilidades y lagunas que aún tenemos que superar.